

Una Plancha de "The Independent."

TRATA DE AYUDAR A LAGASCA, PERO NO PUEDE GANAR LOS MIL PESOS

El 28 del mes pasado tuvo un querido amigo nuestro la bondad de advertirnos de las andanzas de "The Independent", el cual no quiere hacernos "gratis" la propaganda, pero le preocupan nuestros escritos más de lo que nos podíamos figurar.

Como saben los lectores de ESTUDIO, hace un mes lanzamos un RETO a Pedro Lagasca, ofreciéndole MIL PESOS CONANT si alcanzaba a demostrar alguna de las afirmaciones maliciosamente lanzadas contra Santo Domingo de Guzmán.

Impotente Pedro Lagasca e impotentes todos sus compinches de redacción para llevar al cabo tamaña empresa, han dado la llamada por respuesta y ni siquiera han hecho alusión a reto tan excepcional.

Pero, yá lo hemos dicho repetidas veces. "The Independent" NO CONTESTA, PORQUE NO PUEDE. Si la impotencia no le atase las manos, reventara primero que dejar de replicar.

Y no lo decimos a humo de pajas. Careciendo de argumentos para ayudar a Pedro Lagasca, ha andado de la ceca a la meca en busca de algo, de cualquier cosa con que disimular su silencio ante el lector.

Y ha hallado un cuadro de Pedro Berruete, donde se representa a Santo Domingo

de Guzmán presidiendo un "Auto de Fe". Y lo ha hallado en "La Esfera", Año IX, Núm. 422, del 4 de febrero de 1922, pag. 2.

Como chico con zapaticos nuevos, acudí al taller de un acreditado grabador de esta ciudad para encargarle una reproducción, pero manifestóle el artista las dificultades de la copia, por tratarse de tantos colores.

Fuése entonces al dibujante Pineda, el cual hizo una copia acromática de la tabla, que la entregaron a Manila Filatélica, donde se ha hecho el clisé que aparece hoy en el semanero de "calleja".

Hacémosle saber al colega anti-clerical para su tranquilidad, no haber conocido todos estos pormenores por inspiración. El amigo levantó la liebre, otro nos prestó la escopeta y no hemos hecho sino disparar. Por mal tino que tuviéramos, no podíamos menos de dar en el blanco.

¡Y que estará blanco! Después de haber leído el anuncio a tres columnas que pusimos anteayer en nuestro colega "La Defensa", y con el escrito publicado ayer en el mismo lugar.

Tiempo nos resta para ir haciendo comentarios sobre esta partida de caza, que va a ser sonada. Porque, ¡taday! ¡planchas como estas... poquicas!

¡Y tan poquicas, hermano!

En la Playa

"ESTUDIO" Y UN HOGAR

—No; Pablo, no te esperaba: ¿Cómo te iba a esperar, si ni siquiera sabía que habías llegado a Manila? Y aunque lo hubiera sabido, nunca hubiese sospechado que a esta hora y en este lugar te ibas a presentar así, de sorpresa. ¡Estoy tan solo aquí todas las tardes!...

—De donde deducirás que conozco al "Solitario," y sé cuáles son sus lugares favoritos.

—Lo que deduzco es que a Fernando se le ha ido la lengua, y te lo ha contado todo. ¿No es verdad?

—No es verdad. Fernando no me ha dicho, ni he necesitado que nadie me dijese quién era "El Solitario". Verás. Cuando ayer llegué de Negros, fui a visitarte; pero me dijeron que te habías trasladado a otra calle, cuyo número ignoraban. Entonces acudí a Fernando: le dí todas las señas generales y particulares de tu

filiación; y cuando se convenció de que yo sabía que "El Solitario" eras tú, y le expuse el deseo de verte cuanto antes, me dijo: A las seis de la tarde, en tal lugar, lo encontrarás; solo, como siempre, recreándose con su playa, con su mar y con su soledad. He tomado el auto, y aquí estoy. Ya ves, las seis—añadió mirando el reloj—la hora que me señaló Fernando.

—Gracias, Pablo. Precisamente por lo inesperada, me es doblemente agradable esta visita, que de corazón te agradezco. Pero, escucha: ¿Por qué has dicho que no has necesitado que nadie te dijese quién era "El Solitario"?

—Sencillamente; porque te conocí en uno de tus artículos; el publicado en el núm. 13 de Estudio.

—¿Cómo! ¿Tú, tan aficionado a

vivir donjuanesicamente, tú también lees Estudio?

—Sí; lo leo, y cada vez con mayor gusto y avidez. Me suscribí a principios de Abril, después de leer el núm. 13, de que te he hablado. Laura está con él encantada por lo que luego te diré, y apenas lo recibe, devora con afición su lectura.

—Hombre, a propósito. ¿Qué me dices de tu buenísima esposa? ¡Pobre Laura! No puedo olvidarla: ¡ha sufrido tanto! La verdad, que tienes una esposa...

—Que no me la merezco. Es mucha verdad, y así lo reconozco.

—¡Vamos! Pablo, no disparates. Quería decir que tienes una esposa como hay pocas. Es una alhaja.

—Pues, lo repito: no la merezco; o al menos, no he sido digno de ella durante unos años; aunque ahora, gracias a Dios...

—¿Qué?

—Ten paciencia. Me has preguntado por Laura. Está buena, y es feliz como no lo ha sido nunca. Lo demás, ahora lo sabrás: a eso he venido, a contártelo todo.

Pablo hace una pausa, durante la cual se queda un tanto pensativo y triste. Luego pregunta:

—¿Recuerdas el artículo que escribiste en "Estudio," el día 31 de Marzo, y que titulaste Evocaciones?

—Sí: lo recuerdo.

—¿Recuerdas que en él hablabas de tus años de niño, de tu madre, de Carmencita y Concha?

—Sí; pero...

—¿Recuerdas lo que escribiste del llanto de tu buena madre, en la Capilla de la Soledad?

—Sí, hombre, sí; pero, ¿a qué viene?...

—Escucha. Fué el día siete de Abril: en uno de los principales pueblos de Negros. Unos cuantos amigos me invitaron a cenar, y accedí. Al ir a la cena me encontré con Ruperto, a quien ya conoces. Nos saludamos; y sin más me alargó un número de "Estudio". Lo tomé indiferente, y con la misma indiferencia me lo puse enrollado bajo el brazo.

Después de cenar, ocupé un cómodo sillón para tomar el café. Encendí el tabaco, y por curiosidad abrí "Estudio", tropezando con tus Evocaciones de Semana Santa. Su lectura me causó una impresión hondísima, que no pude disimular. Mis amigos lo notaron; y todos a una preguntaron: Pero, ¿qué lees, Pablo? parece que te impresiona demasiado.—Sí; les contesté: el autor de este artículo ha escrito, sin nombrarme, una página de mi edad de niño, cuya lectura me conmueve.—A ver, a ver; lee—gritaron todos. Leí tu artículo, impresionado, conmovido. Pues, bien; al terminar, todos estaban callados, pensativos: ni una palabra, ni un comentario. Debieron de recordar que habían tenido, como yo, una madre buena y santa; que los cubrió de besos, y lloró mucho por ellos; y que esa madre ya no existía.

Nos despedimos. Y, créeme, por primera vez después de mucho tiempo, me retiré a casa a las diez. ¿Qué pensamientos, qué recuerdos bullían en mi mente al dirigirme a casa! Ya sabes la amistad que reinó siempre entre tu familia y la mía. El recuerdo de aquella Semana Santa que evocabas en tu artículo, durante la cual íbamos los dos a la Iglesia con nuestras madres y hermanitas, hirió mi corazón de dolor. Recordé a mi adorada Lolita, muerta a los siete

años, tan amiga de Carmencita y Concha. Pero sobre todo, la memoria de mi madre era lo que más profundamente me penetraba y conmovía. Ya sabes que mi madre lloró mucho; y yo fui la causa...

El pobre Pablo no puede proseguir. El recuerdo de las lágrimas de su madre anuda su garganta, y cubriendo el rostro con sus manos suspira enternecido, y exclama después de una pausa: ¡Pobre madre mía!

Le dirijo palabras de esperanza y aliento; y algo serenado continúa así su interrumpida narración:

—Llegué a casa. Laura se extrañó de verme llegar tan pronto. Algo debió notar en mí, pues me dirigió algunas preguntas relativas a mi salud, a las que yo contesté tranquilo y cariñoso. Ella entonces, siempre condescendiente, me preguntó dulce y amable: Pablo, ¿no vas a salir esta noche?—Esa pregunta, hecha con tanta dulzura y delicadeza, me llegó al alma. No, Laura—le contesté—no salgo, ni saldré hasta mañana, para ir contigo y las niñas a confezar y comulgar.—

A tan inesperada respuesta hizo un brusco movimiento de sorpresa: me miró fijamente, con extrañeza; y sus labios dibujaron una sonrisa de melancolía, de duda. Entonces le hablé de tí, de nuestras familias; y le entregué "Estudio" para que leyese tus Evocaciones. Cuando se convenció de que la cosa iba de veras, sus ojos brillaron transfigurados por un gozo que tenía mucho de cielo.

Después de un rato, se retiró a la habitación para preparar, según dijo, los vestidos de las niñas. Como tardaba bastante, me dió que pensar su tardanza; y sin hacer ruido me llegué a la habitación. La puerta estaba entornada. Miré: y... ¡qué cuadro, amigo mío, qué cuadro! Ante aquel Crucifijo de marfil colocado sobre la mesa, ví a Laura arrodillada, y con el pañuelo en los ojos.

El corazón me dió un vuelco dentro del pecho: no pude más, y entrando precipitadamente caí de rodillas a su lado. Volvió hacia mí su rostro, y al verme arrodillado, apenas pudo exclamar: ¡¡Pablo mío!!... ¡Señor teneb piedad!... No pudo más, y continuó llorando.

Fué un momento de emoción intensa. No te puedo decir todo lo que entonces sentí. Sólo sé que lloré y recé con mi Laura. ¡Hacia tanto tiempo que no lloraba!... Cuando me levanté, era ya otro. Sentía en mi interior tanta paz, alegría y felicidad, como no la había sentido desde los años felices de mi infancia.

Al día siguiente fuimos a la Iglesia. Comulgamos Laura, la niña mayor y yo; y de nuevo gusté todas las gratisimas y consoladoras satisfacciones de la noche anterior; y algo más que no se puede explicar con palabras. ¡Ah! nó; nó: ni las diversiones, ni las juergas, ni los bailes y banquetes, ni todo ese vértigo de la vida mundana, serán jamás capaces de proporcionar al corazón una gota, sólo una gota, del torrente de dulzuras y deleites purísimos que yo gusté en esa feliz mañana.

Volvimos a casa. Aun estoy viendo a la pobre Laura con el rostro iluminado por la felicidad y alegría. Hablaba y sonreía como un ángel como lo que es. Abrazaba y besaba a las niñas sin cesar, ebria de amor y de gozo. Al mismo canario hacía más caricias que de costumbre. Parecía que su corazón no era bastante para gozar aquel torrente de felicidad, y a todos nos hacía participantes de ella. En fin, te confieso que nunca me sentí tan orgulloso de tener a Laura por esposa, ni jamás comprendí como entonces todas las dulzuras de la paternidad. ¡Con qué poco pueden los hombres hacer feliz el hogar, y convertirlo en paraíso!

He terminado. Todo lo sabes ya. Soy feliz y dichoso, como nunca lo he sido. Ya ves si tienes motivo para felicitar-me.

—¡Ven, Pablo, ven!—exclamé, tendiéndole los brazos conmovido. Yo no encuentro respuesta ni felicitación como ésta—Y humedecidos los ojos, lo estreché con un abrazo fuerte, apretado, prolongadísimo.

—Quiero ver a Laura, Pablo; quiero ver sus ojos cansados de llorar, e iluminados ahora por el gozo. ¡Oh, sí! quiero verla.

—Ahora mismo: el auto espera. Vamos.

—Desgraciadamente, no puede ser ahora. Son más de las ocho y a las ocho y media dependo, como sabes, de la familia. Mañana, domingo, pasaré en vuestra compañía un buen rato.

—Y comerás con nosotros.

—Hombre... Bien, sí. Pues sospecho que si me excuso...

—Ni yo ni Laura te lo perdonaríamos.

Marchamos en el auto. En la Luneta nos despedimos. Pablo aprieta con fuerza mi diestra diciendo: Adiós: hasta mañana, sin falta.

—Hasta mañana, Pablo. Adiós.

EL SOLITARIO.